

Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenia. Diéronse muchos medios, pero ninguno fué tal como el que dió el renegado Español, que se ha dicho, el qual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros christianos, porque él sabia donde, como y quando podía y debia desembarcar; y asimesmo no ignoraba la casa donde Don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los christianos que habian de bogar el remo. Fióle Ana Félix, y Ricote su padre dixo, que salia á dar el rescate de los christianos, si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer, se desembarcó el Virey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo á la Morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase quanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo. Tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

## CAPÍTULO LXIV.

*Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quixote de quantas hasta entónces le habian sucedido.*

LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la Morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dixo Don Quixote á Don Antonio, que el parecer que habian tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda

la Morisma, como habia hecho Don Gayféros á su esposa Melisendra. Advierta vuesa merced, dixo Sancho oyendo esto, que el señor Don Gayféros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á Don Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió Don Quixote, pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dixo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo que, si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran Don Quixote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partiéron las galeras á Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de Don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el

el Visorey de harcelo así, como se lo pedía: y una mañana, saliendo Don Quixote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero armado asimesmo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente, el qual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quixote, dixo: insigne caballero, y jamas, como se debe, alabado Don Quixote de la Mancha, yo soy *el Caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso, la qual verdad si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela, y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacion sino que, dexando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu Lu-

gar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio. Don Quixote quedó suspenso y atómito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademan severo le respondió: caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamas habeis visto á la ilustre Dulcinea, que si visto la hubiérades, yo sé que procurarades no poner os en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el dia que traeis

determinado, y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé quales ni que tales sean: con las mías me contento, tales quales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mesmo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Habian descubier to de la ciudad al caballero de la Blanca Luna y dichoselo al Visorey, que estaba hablando con Don Quixote de la Mancha. El Visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por Don Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con Don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo quando Don Quixote volvía las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el Visorey, que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles que era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió, que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dixo las mesmas que habia dicho á Don Quixote, con la acetacion de las condiciones del desafío, hechas

por entrámbas partes. Llegóse el Visorey á Don Antonio, y preguntóle paso, si sabia quien era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á Don Quixote. Don Antonio le respondió que ni sabia quien era, ni si era de burlas ni de véras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorey en si les dexaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó, diciendo: señores caballeros, si aquí no hay otro remedio, sino confesar ó morir, y el señor Don Quixote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dense. Agradeció el de la Blanca Luna con cortesias y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quixote hizo lo mesmo, el qual encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mesmo, y sin tocar trompeta, ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volviéron entrámbos á un mesmo punto las riendas á



sus caballos, y como era mas ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quixote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó, al parecer, de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quixote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dixo: vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafio. Don Quixote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dixo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dixo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire á su Lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertámos ántes de entrar en esta bata-

lla. Todo esto oyéron el Visorey y Don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyéron asimesmo que Don Quixote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria, como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á Don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantáron á Don Quixote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro mal parado no se pudo mover por entónces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia que decirse, ni que hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrechó Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventu-

ra si deslocado quedara. Finalmente con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le lleváron á la ciudad, y el Visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quien fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dexado á Don Quixote.

---

#### CAPÍTULO LXV.

*Donde se da noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.*

SIGUIÓ Don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerráron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él Don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baxa, y con él Don An-

tonio, que no se le cocia el pan hasta saber quien fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dexaba, le dixo: bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quien soy; y porque no hay para que negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo Lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo, y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza, pará hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su Lugar y que no saliese dél en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la

suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna: suplicoos no me descubrais, ni le digais á Don Quixote quien soy (1), porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dexen las sandeces de la caballería. ¡Ó señor! dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo, en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él (1\*). ¿No veis, señor, que no

(1\*) La misma queja pudiera tener tambien Don Quixote del bachiller Sanson Carrasco por haberle privado, venciendo, del contento con que vivia, imaginándose caballero

podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quixote, á lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver

andante; porque el género de locura que padecía Don Quixote de la Mancha, era parecido al de aquel otro hidalgo de la ciudad de Argos en el Peloponeso, cuya parcial demencia consistía en creer que oía, sumamente complacido, representar admirables tragedias en un teatro, donde no habia otro espectador, ni otro que aplaudiese á los actores, que él solo: en todo lo demás era cuerdo, buen vecino, buen marido, huésped amable. Compadecidos sus parientes intentaron curarle, y con efecto lo consiguieron á fuerza de hebeoro. Vuelto á su juicio el loco: *Dios os lo perdone, dixo, amigos, que me habeis muerto, no sanado; arrancándome el deleyte que sentia, y privándome con violencia de mi locura gustosísima.*

..... *Pol me occidistis, amici,  
Non servastis, ait, cui sic extorta voluptas,  
Et demtus per vim mentis gratissimus error.*

(Horacio: *Epist. lib. 11. epist. 2. vers. 128.*)

Así Don Quixote (que solo deliraba, como se sabe, en asuntos de la caballeria, siendo en lo demás hombre de buena razon) quedó con el vencimiento del Bachiller privado de sus agradables fantasias caballerescas, y reducido á una vida triste y melancólica. En este triunfo del Caballero de la Blanca Luna se puede decir que se verifica el desenlace de la fabula de la novela de *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.*

cuerdo á un hombre tan rematadamente loco, y si no fuese contra caridad, diria que nunca sane Don Quixote, porque con su salud, no solamente perdemos su gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que qualquiera dellas puede volver á alegrar á la mesma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El qual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso, y habiéndose ofrecido Don Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidio dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mesmo punto sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mesmo dia, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó Don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quixote se perdía el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo Don Quixote en el lecho,



marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dixo: señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada, y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dexémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos, y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidoso, aunque es vuesa merced el mas mal parado. Yo que dexé con el Gobierno los deseos de ser mas Gobernador, no dexé la gana de ser Conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane y algun Condado que

darle. Dios lo oiga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza que ruin posesion. En esto estaban, quando entró Don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento: albricias, señor Don Quixote, que Don Gregorio y el renegado que fué por él, está en la playa: ¿que digo en la playa? ya está en casa del Visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto Don Quixote, y dixo: en verdad que estoy por decir, que me holgara que hubiera sucedido todo al reves, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á Don Gregorio, sino á quantos christianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿que digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puedo tomar armas en un año? ¿Pues que prometo? ¿de que me alabo, si ántes me conviene usar de la rueca que de la espada? Déxese deso, señor, dixo Sancho: viva la gallina aunque con su pepita, que hoy por ti y mañana por mí, y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede le-

vantarse mañana, sino es que se quiera estar en la cama: quiero decir, que se dexé desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias; y levántese vuesa merced agora para recibir á Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta Don Gregorio y el renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso Don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de Don Antonio, y aunque Don Gregorio, quando le sacáron de Argel, fué con hábitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en qualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad, al parecer, de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija saliéron á recibirle, el padre con lágrimas y la hija con honestidad. No se abrazáron unos á otros, porque donde hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio y Ana Félix admiráron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló

por los dos amantes, y los ojos fuéron las lenguas que descubriéron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á Don Gregorio. Contó Don Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mugeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al renegado, como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y reduxose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el Visorey con Don Antonio que modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno, que quedasen en ella hija tan christiana y padre al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la Corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acababan. No, dixo Ricote, que se halló pre-

sente á esta platica, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, á quien dió Su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas, porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él ántes del cauterio que abrasa, que del unguento que molifica, y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida execucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, stratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Árgos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡ Heroyca resolucion del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal

tal Don Bernardino de Velasco (1) ! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dixo Don Antonio: Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi

(1) Hubo otros encargados de la expulsion de los Moriscos, pero aquí se habla solo del que executó la de la Mancha, que fue con efecto Don Bernardino de Velasco y Aragon, conde de Salazar, comendador de Villamayor y Veas, del consejo de Guerra, comisario general de la Infanteria de Castilla. Era caballero de grandes prendas, pero mal agestado, y lo era todavia peor su muger, cuyo inocente defecto no perdonó el satirico conde de Villamediana, que dixo de entrambos:

*Al de Salazar ayer*

*Mirarse á un espejo vi,*

*Perdiendose el miedo á sí,*

*Para ver á su muger.*

( Biblioteca Real : ms. est. M. ) Pero en medio del zelo, integridad y sagacidad de los encargados principales de la expulsion se verificó algo del poder de las dádivas, que insinua Don Antonio Moreno, por la poca fidelidad de los subalternos. En una carta que, en octubre de 1622, escribió Don Rodrigo Calderon, poco antes de morir en la plaza mayor de Madrid, á Felipe IV, dice entre otras cosas. *Los que fueron comisarios en la expulsion de los Moriscos aplicaron para sí tanta suma y cantidad,*

muger en mi casa, ó en un monasterio, y yo sé que el señor Visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio. El Visorey consintió en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dixo que en ninguna manera podía, ni queria dexar á Doña Ana Félix; pero teniendo intencion de ver á sus padres y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la muger de Don

---

*que son deudores á V. M. de muchos millares de ducados. Demas desto, con favor de dadivas y buena arte y maña que tubieron, se quedaron y volvieron desde la embarcacion muchedumbre de moriscos, los quales, como tenían lengua y noticia de lo que dexaron enterrado sus compañeros y adonde, lo sacaron, y estan hoy mas ricos y poderosos que ningun natural; y como estan poderosos no trabajan, ni cultivan los campos, como los que salieron, antes bien andan en traxe de caballeros con seda y oro, etc. (Biblioteca Real: ms.)* A este número se agregarían los que había en Sevilla por los años de 1623, pues en una representacion hecha por la ciudad á Felipe IV, se dice que de varias informaciones hechas en los de 1619, 20, y 23, ante los asistentes conde de Peñaranda, conde de la Fuente del Saucó, y Don Fernando Ramirez Fariñas, del consejo y camara de Castilla, consta que es grandísimo el numero que hay en esta ciudad de moros y moras, por habersé venido de todas las costas y lugares maritimos, donde por leyes destos reynos no pueden asistir, etc. (Biblioteca Real: ms. est. X.)

Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote y Sancho, que fué de allí á otros dos: que la caida no le concedió, que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á Don Gregorio mil escudos, si los quería; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto se partiéron los dos, y Don Quixote y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quixote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.